



IV

La Sagrada Eucaristía es el Alimento por antonomasia de la Iglesia Católica.

Caro mea vere est cibus et sanguis meus vere est potus.

Mi carne verdaderamente es comida y mi sangre verdaderamente es bebida.

JOAN. VI, 56.

1. Refieren crónicas gentílicas que la desvanecida Cleopatra, en un solemne convite que dió á sus imperiales, puso en un plato, por comida, una perla desleída que valía veinticinco mil ducados; y que el funesto y orgulloso Calígula, en otro no menos opíparo banquete, colocó sobre la mesa, en lugar de viandas, panes de oro, perlices también de oro, y de este rico metal los demás platos; empero ni la perla desleída, ni los áureos manjares servían más que para sustentar la soberbia y fomentar la vanidad. Jesucristo no obstante, sin el refinado orgullo que caracterizaba á aquellos paganos, pero con un amor sin límites, y optando por el provecho de los convidados á su mesa espiritual, dispuso en ella un banquete riquísimo más duradero que el de Asuero, más inmenso que el de Wenceslao de Polonia y más espléndido sin comparación que los de Cleopatra y Calígula.

2. Con efecto: pan y vino, no de oro, que para nada sirven, sino *sobresubstanciales* para el sustento temporal y eterno del alma, es el que Jesús presta en el banquete eucarístico.

«Yo soy el pan vivo que bajé del cielo, y quien lo come vivirá eternamente.» ¿Pero, ¿cuál es este pan y cuál es este vino? Estad atentos y asombrados, pero no os escandalicéis, como los cafarnaítas: es el cuerpo real y verdadero de Cristo; es su preciosa y divina Sangre. ¡Admirable prodigio, si es que todos los prodigios no son admirables! este Cuerpo nos lo da en comida; esta sangre nos la da en bebida; he ahí por qué la acción más propia de la Sagrada Eucaristía es ser alimento de las almas.

3. Á la verdad; diversas y excelentes propiedades, y diferentes y preciosos títulos son los que descubrimos en este Misterio de amor; pero ninguno de ellos nos le hace tan amable, tan familiar como ser Manjar del espíritu. Él constituye la base de todo el edificio eucarístico, y hasta lo esencial que se propuso el Salvador al instituir tan alto Sacramento. Comprendía el adorable Jesús que nada absolutamente existe en el orden material que satisfaga tanto á los hombres como el pan ordinario; sin él no se apetece nada sólido, y con él exclusivamente se pueden sobrellevar las penitentes necesidades de la naturaleza; con lo cual quiso el Eterno preparar el ánimo del hombre espiritual, y disponerle un perfecto emblema del alimento urgente al alma, que se lo había de dar en su Cuerpo y Sangre bajo los accidentes de pan y vino. Comprendía también que el pan es el alimento común; que de él se sirven los potentados como los miserables; y Jesús deseaba que el alimento que preparaba para el espíritu fuese también universal, que lo pudiesen tomar todos los hombres; y ¿qué cosa más natural que ocultara su precioso Cuerpo debajo de las leves apariencias del pan y su divina Sangre debajo de las del vino? Pero ¿qué alimento tan pingüe no deberá ser éste? ¡Ah! Quisiera yo poder enumerar los bienes que de Él nos vienen; pretendiera cantar sus grandezas, referir sus maravillas, describir sus portentos, aducir la autoridad de los Santos Padres y Doctores, declarar los efectos que produce en las almas; quisiera, en una palabra, proferir expresiones dignas y rasgos sublimes de este Sacramento deífico, en calidad de alimento nuestro; pero ni

mis fuerzas lo permiten, ni posible fuera en tan reducido espacio, como el presente discurso, manifestarlos detalladamente. No obstante, para decir algo, y fijando desde luego los puntos que hemos de estudiar, desarrollaré: *I Jesús Sacramentado es verdadera comida del alma. II Excelencias de este celestial alimento.*

§. I.

Antes que el Redentor de los hombres prometiese al mundo el adorable Sacramento de la Eucaristía, ofreció á los ciudadanos de Cafarnaum un pan realmente del cielo, puesto que el que Moisés había dado á Israel no era propiamente celestial. Luego que la astuta curiosidad y la refinada malicia hubieron hecho algunas interrogaciones al Salvador acerca de este pan privilegiado, respondió el Señor que Él mismo era el verdadero pan del cielo, el cual pan era su misma carne, que había de dar para la vida del mundo, y que esta carne debía ser precisamente comida para todos sus discípulos. Ved por qué el mismo Jesús denomina «Pan del cielo» á la Divina Eucaristía.

1. Con este motivo preguntan muchos autores por qué Jesús, Nuestro Señor, da tal nombre al Sacramento del Altar? Mas, una doble respuesta es la que satisface á pregunta semejante, á saber: Para dar exacto cumplimiento á los antiguos vaticinios, y porque, á consecuencia de éstos, la Eucaristía debía tener por materia al pan y al vino que por sus materiales efectos indican los espirituales que causan el Pan y el Vino eucarísticos. «Daré de comer á mi pueblo, dice el Altísimo, pan de vida y de inteligencia (1)». En efecto: este pan del entendimiento no podía ser de ninguna manera un pan material, ya que, como se dice en el Éxodo, había de causar en el alma todas las delicias (2). Las antiguas figuras se agolpaban á los ojos del pueblo escogido, y aquellos sagrados panes de la proposición, que debían estar junto al arca, que nadie, á excepción del sacerdote, podía tocar-

(1) Eccli. XV, 3.

(2) Omne delectamentum in se habentem.

los, que ninguno que no se hallase limpio podía comerlos, que eran pura ofrenda al Excelso, ¿no venían á simbolizar perfectamente al pan espiritual de que nos ocupamos? Jesucristo instituye la S. Eucaristía, nos da con Ella el Pan del espíritu, y las profecías se cumplen con todas sus circunstancias, y las figuras se dan por terminadas.

5. Mas he indicado que los materiales efectos del pan y del vino indican los espirituales que causa el Pan eucarístico, que también por esta razón fué instituido el Misterio del Altar bajo aquellas especies. Efectivamente; el pan ordinario sustenta el cuerpo, y le conserva la vida y la salud y hasta le da satisfacción que se traduce en espiritual alegría; así el pan del cielo sustenta el alma y le conserva la vida de la gracia y la impide que enferme y hasta la otorga dulzura indecible. El pan ordinario es un alimento común, de él se sustentan los ricos y los pobres; aquéllos podrían sustituirle de vez en cuando con otras viandas, pero á éstos les es difícil, por no decir imposible; por eso el Divino Salvador instituyó la Eucaristía bajo los accidentes de pan y vino, alimento y bebida usuales y comunes; si los delgados velos que cubren á este santo Sacramento hubiesen constado de materias más delicadas ó más ricas, ¿qué indigente se acercaría á la sagrada Mesa? ¿Cómo podría la Iglesia costear tantas Formas Sagradas para la Comunión? Se le pregunta á un operario por qué trabaja y se fatiga tanto, y contestará que por adquirir un pedazo de pan. ¿Nada más que un pedazo de pan? Sí: la respuesta está bien dada; mas el operario entiende que con este pan tiene lo suficiente para el sustento, para el vestido y para su casa; con él lo tiene todo. Pues he aquí lo que nos quiso manifestar el Señor al instituir la Eucaristía bajo los accidentes de pan y vino; con ellos posee el espíritu humano cuanto desea y anhela para sustentar la vida del alma. El pan ordinario contiene en sí mismo los gustos de los demás manjares, es una especie de maná, viene á ser el todo de una opípara comida; y si no, póngase en ésta cuantas viandas invente la delicadeza; compónganse como se quiera, si no hay pan ¿quién gustará esas

viandas? Por esta razón, pues, Nuestro Señor instituyó la Eucaristía en especie de pan, á fin de que entendiésemos que Ella contiene en sí las demás viandas espirituales. El pan del cuerpo, finalmente, tiene un carácter de bondad que es apreciado y gustado de todos, lo cual no sucede con los demás manjares; que por esto, dice Sta. Teresa, instituyó el Salvador la Eucaristía bajo la especie de pan, porque si en otra especie, v. g. bajo la forma de carne la hubiese instituido, ¿quién se hubiera atrevido comer sin repugnancia el Cuerpo de Cristo?

6. Dos cosas excelentísimas, por lo tanto, hemos de admirar en estas consideraciones: primera; que Jesús Nuestro Señor nos ha dado su propio Cuerpo y Sangre por comida y bebida de nuestro espíritu; segunda, que ha dispuesto esta comida y esta bebida de tal manera que á todos guste y de todos pueda ser recibida. ¿En dónde, pues, encontraremos un alimento más sólido, más delicado, y más rico que éste? Id de un lugar á otro, corred, volad si queréis, subid á los cielos, bajad á los abismos, é indagad si existe en esos lugares un alimento más precioso que el de la Eucaristía. Este divino Pan, á la verdad, bajó del seno del Padre, pero fué elaborado en el seno virginal de María y cocido en los desprecios, en los tormentos y en la cruz. El Pan que nos dió Jesucristo no es como el maná que, aunque bajó del cielo, no procedía de Dios, sino de las regiones sídeas, y, aunque providencial, aprovechaba solamente al cuerpo; aquél, empero, conserva la vida del alma. Por eso dijo el Salvador: «No os dió Moisés pan del cielo, sino que mi Padre os da el verdadero Pan del cielo.»

7. Tan necesitados estábamos de un fuerte espiritual alimento que, no pareciéndole suficiente á Nuestro Señor la gracia infusa que nos comunica mediante los demás Sacramentos, y no quedando satisfecho con otros medios de conservación del espíritu, como la oración y la divina palabra, nos regaló otra clase de alimento. *Vere cibus*, no porque los que hemos mencionado sean falsos, ni aun figurados, pues todos son alimentos sanos, sino porque el Cuer-

po y la Sangre del Salvador es la mejor comida del espíritu.

Á la verdad: dánonos Jesús su gracia, únicamente para nutrición de nuestras almas, nos concedía una merced divina, pero con ser un destello de su divino amor no nos daba todo cuanto podía darnos; y con la S. Eucaristía llenó este ardiente deseo, poseyéndolo todo en Ella. Las demás gracias vienen del cielo, cuando Dios gusta y, ¡cosa admirable! el Autor de esas gracias viene á nosotros cuando nosotros gustamos; de suerte que lo menos fué reservado para Dios mientras que lo más fué cedido á los hombres. ¿Podremos quizá poseer cualquier objeto con más propiedad que la Divina Eucaristía cuando la recibimos sacramentalmente? ¿Existe objeto respecto del cual se tenga más perfecto dominio que la comida que á uno le dan para comer? pues ese mismo dominio nos asiste para recibir á Cristo Sacramentado. «Yo no hallo en el mundo, decía San Francisco de Sales, cosa alguna sobre la cual tengamos tanto dominio y posesión como la comida, pues la aniquilamos para conservarnos, y Nuestro Señor vino á tal exceso de amor que se hizo comida para nosotros (1).» Al venir Jesús á nuestro corazón y derramar sobre él sus divinas influencias, Jesús nos posee y nosotros le poseemos enteramente. ¿Habrá alguno por osado que sea que pueda arrebatarnos un don semejante?

8. Tal posesión, única en su género, es la misma que disfrutaban los ángeles en el cielo. «He aquí el pan de los ángeles, convertido en comida de los viadores» exclama la Iglesia; y el Espíritu Santo, muchos siglos antes de ser instituido el Divino Misterio, dirige proféticamente estas palabras á Jesucristo: «Con el manjar de los ángeles nutriste á tu pueblo y les diste sin trabajo alguno de su parte pan preparado del cielo que contiene en sí mismo todas las delicias y toda suavidad en el sabor (2).» S. Agustín y S. Clemente explican la manera de ser alimentados los ángeles y los hombres con este soberano Pan. Dicen que las madres alimentan á sus hijos con el pan que comen, mas á los niños

(1) Espíritu de S. Francisco de Sales, p. 15, cap. II.

(2) Sap., XVI, 20.

tiernecitos, no pudiéndoles dar el pan en su especie ordinaria, les dan la substancia de éste, mediante la dulce leche de sus pechos que consigue los mismos efectos que el pan; así pues el Señor alimenta á los ángeles de sí mismo, y siendo espíritu no necesita darse á ellos en otra especie, porque ellos son también espíritus; empero para darse en alimento á los cristianos, que somos como niños delicados, se nos prepara á sí mismo en la especie de pan, se nos da todo en la Eucaristía, la cual surte en nosotros los mismos efectos que en los celestiales espíritus. Jesucristo Señor Nuestro quería hacer de los hombres, ángeles, deseaba transformar la tierra en cielo, y para conseguirlo nos da el mismo manjar de que se nutren los ángeles. Bien estaba, Señor, todo esto si no hubiésemos contaminado nuestras almas con la culpa; pero habiendo tanta fealdad en ellas y tanta malicia en nuestras acciones no acabo de comprender cómo anheláis darnos el purísimo manjar del que se nutren vuestros cortesanos; pero si esto no comprendo, también sé, y esto me satisface, que vuestro amor hacia nosotros es infinito y que este amor produjo tal milagro...»

§. II.

9. El pueblo cristiano está convidado todos los días á la mesa del Rey de la gloria; y los asistentes no están flacos y macilentos, como aquellos jóvenes que comían las viandas de Nabuco, sino robustos y colorados, como Ananías, Misael y Azarías. ¡Qué felicidad, pues, la del pueblo cristiano estar persuadido que se alimenta del Manjar del Rey del cielo y que sus comensales son los ángeles! Consideremos atentamente la dignidad á que nos ha elevado el Señor, y cuánto más obligados que los ángeles le estamos, ya que ellos siempre le bendicen y dan gusto, mientras que nosotros, disfrutando de idénticos favores, no pensamos más que en ofenderle y provocarle á ira. «Piensa, dice el Crisóstomo, en qué privilegiado honor has sido constituido cuando gozas de tal Mesa que, viéndola los ángeles se ate-

morizan ni se atreven con libertad á mirarla por el resplandor que despide de sí misma (1).»

10. Con el manjar eucarístico nos vienen todos los bienes. Dijo el Apóstol que, habiéndonos dado el Eterno Padre á su Hijo Jesús, nos dió con Él todas las cosas. Efectivamente; el Padre entregó su Hijo á la fiereza de los hombres para que por éstos fuera inmolado; pero Jesús, á la manera que un padre cuando va á morir y deja un hijo á quien ama hasta el extremo, le cede todos sus bienes, así Él, antes de entregarse en manos de la muerte, nos dió con el Sacramento del Altar todo cuanto poseía; y ¿qué bienes sobrenaturales no otorgará Jesús á aquéllos á quienes cedió lo que tenía en su peregrinación sobre la tierra? De un amor infinito es dar lo que resta al amante, y lo que resta á Jesús es el cielo, es á sí mismo, ostentado de un modo visible. Ved, pues, que, como asegura S. Fulgencio de Ruspe, si Cristo es nuestro alimento, también será nuestro premio; que si es nuestra comida, también será nuestra consolación y nuestro descanso perpetuo (2).

11. La Eucaristía es, además, comida de grandes, alimento de príncipes. No es como las viandas corporales cuyas propiedades son asimiladas por el cuerpo que las recibe; antes bien, por ser comida privilegiada, atrae, une á sí á los que la comen. Por este motivo dijo un día el Señor al Agustino: *Cibus sum grandium, cresce et manducabis me, sed adverte quod non mutavero in te, sed tu mutaveris in me*. Yo soy comida de grandes, crece y me comerás, pero advierte que no me transformaré yo en ti, sino tú en mí.» Á la verdad, Jesucristo es comida de grandes, mas no de grandes en estatura ni en dignidad, sino en virtud; por esta razón dice al Agustino: Crece y me comerás, esto es: crece, adelanta en las virtudes, y así podrás recibirme Sacramentado. El recibir á Jesús con poca ó ninguna preparación indica poco amor, poco juicio y ninguna voluntad de adelantar en el camino de la virtud. Jesucristo, como he dicho, es

(1) Hom. 60 ad pop. Antioch.

(2) Sermo I, De dispensat. Domini.

comida de grandes, de seres robustos en la perfección cristiana; luego el que le recibe ha de ser grande en la fe y en la esperanza, grande en el amor y pureza, grande en los deseos é intención, grande en la paciencia, en la mansedumbre, en la templanza, y en todas las virtudes cristianas.

12. No demos por terminado este provechoso asunto sin meditar despacio las excelencias que las Sagradas Letras predicán del Alimento eucarístico: «Les diste, dice la Sabiduría, sin que ellos trabajasen pan dispuesto en el cielo». Es tanto más de apreciar una dádiva cuanto se hace sin respecto á interés ó á gratitud de aquél á quien se concede, y Jesucristo nos da el Pan de la Eucaristía sin que de nuestra parte haya precedido mérito ninguno. Este Pan sobresubstancial, prosigue el citado libro contiene en sí mismo todas las delicias y toda la suavidad en el sabor.» Mas, no soy yo el llamado á parafrasear estas dulces expresiones; aquellas fervorosas almas que entran continuamente en el regalado Corazón del Salvador tienen derecho á comentarlas, ellas perciben sus delicias, ellas se embriagan todos los días en inefables consolaciones; pero mientras no desplieguen sus puros labios para contarnos lo que sucede, aduzcamos á este lugar los sentimientos de las santas Escrituras. David cantaba proféticamente al son de su arpa las dulzuras del eucarístico Alimento, diciendo: «De la grosura del trigo les diste comida y les saciaste con miel sacada de la piedra;» por cuya razón dice la Esposa al Señor: «Tu vientre es como montón de trigo;» pues á la manera que del trigo se fabrica el pan, así de Jesucristo se confecciona el Pan riquísimo de la Eucaristía. «Les saciaste, añade, con miel sacada de la piedra.» Pero, ¿cuál es esta piedra sino Cristo Jesús, de la cual se saca la miel que nos refieren las Sagradas Letras? Luego la Sagrada Eucaristía es riquísima miel, dulzura inefable, gusto exquisito, deleite inexplicable; su dulzura, añade la Iglesia, es inenarrable, porque la suavidad de la Eucaristía se gusta en su misma fuente. En los otros Sacramentos bebemos como de arroyo que mana de la fuente, pero en éste bebemos en la propia fuen-

te y ¿cuánta no será en este caso la celestial dulzura que se experimenta? «Píngüe es el pan de Cristo, añade Sto. Tomás: es el privilegiado entre las delicias de los reyes;» se sabe que los monarcas tienen medios para gozarse lícitamente en suaves delicias, pero el Pan de la Eucaristía las aventaja á todas.

¡Oh Señor! Cuando entre sequedades, desconsuelos y arideces dejáis pasar al cristiano á fin de que se purifique, y le comunicáis luego vuestro Cuerpo y Sangre, ¿cómo le pagáis en un momento y con sola una gota de vuestro bálsamo inefable todos los trabajos que por Vos tomara! La Iglesia, embebida en sentimientos semejantes, exclama toda alborozada: «De tu altar, Señor, comemos á Jesucristo, en el cual se alegran, se satisfacen nuestro corazón y nuestra carne (1).» Sí por cierto; en Jesús se alegra el cristiano cuando comulga, ya que el rato que se pasa con Jesús no causa fastidio ni amargura, antes bien consolación y gozo cumplido (2). ¡Qué satisfacción, qué deleite no se experimenta con la participación de Jesús Sacramentado! Gustad y veréis cuán suave es el Señor, porque si no lo gustáis imposible será que conozcáis sus dulzuras.

13. Recopilemos y concluyamos con el V. Estella: «La mejor y mayor dádiva que diste jamás al mundo, oh Señor, fué darte á ti mismo en comida y entonces hiciste al mundo la mayor merced cuando era menos digno de recibirla. Estaba el mundo tratando tu muerte y tú estabas dándole el manjar de vida con que para siempre viviesen (3).» Con esta vianda sagrada se nutrían los santos. Como á sta. Catalina de Sena hubiese negado su confesor la Eucaristía, ella toda triste y acongojada, —Padre mío, exclamaba: dad á mi alma su alimento, dad á mi alma su alimento.—Sin esta comida eucarística no podía dar un paso en la vida espiritual santa Catalina de Génova; su ambición consistía en llegar á la más estrecha unión con su Criador, y comprendiendo que

(1) Ant. del oficio del Corpus.

(2) Sap.

(3) Medit. devotísimas del amor de Dios.

el mejor medio de conseguirla era la Comunión, por ella sola suspiraba. El solo pensamiento del Pan de los ángeles le atraía con tanta fuerza, que casi físicamente no podía dejar de alimentarse de Él. Por urgentes que fuesen los negocios en que ordinariamente se hallaba ocupada, por graves que fuesen las enfermedades que de vez en cuando le acometían, no dejaba pasar un sólo día sin comulgar, y si alguna vez estaba obligada á abstenerse, padecía su corazón angustias tan mortales é intolerables, y hasta dolores tan agudos que le parecía morir sin remedio (1).

Vivamos de tal manera, observando los preceptos de Dios, que este Alimento Eucarístico nos sea absolutamente necesario, porque esto será una señal inequívoca de nuestra predestinación á la gloria.

EJEMPLO

Que Jesús Sacramentado sea alimento del alma y cuánto gusto demuestre en ser recibido, lo confirma el prodigio siguiente: Estaba cierto día Sta. Catalina de Sena en una iglesia de los Padres Predicadores, con vehementes deseos de comulgar, pero no tenía comodidad al efecto, porque su confesor le había denegado el permiso, y se hallaba en aquel momento celebrando el Sacrificio en un altar de la misma iglesia. Llegó la hora de la sunción, cuando de repente desapareció una parte de la Sta. Hostia; el buen presbítero comenzó á mirar debajo de la patena y de los corporales y hasta debajo de los manteles; pero, viendo que no estaba, miró al suelo y, no hallándola, perdió el sentido. Al recobrarlo, arregló el cáliz y regresó á la sacristía cuando al propio tiempo entró el prior de la Cartuja y se concertó con él para que le acompañase á la casa de Sta. Catalina, pues tenía que tratar con ella un negocio espiritual. No estaba la santa en casa; volvieron á la iglesia y hallaron á la sierva de Dios arrebatada en dulce éxtasis; despertóla de aquel delicioso raptó el padre cartujo, y, terminada la conferencia, se despidió de ella. No muy distante estaba sentado el padre Raimundo, que así se llamaba su confesor, pero cabizbajo y acongojado, refiriéndole el raro suceso que he contado; sonrióse la sierva de Dios, diciéndole con gracejo si había por ventura registrado bien los manteles. Sospechó el P. Raimundo si su penitente habría sido la

(1) De las letras de su canonización.

que hizo el hurto, pero ésta le manifestó que su Señor Jesucristo le había llevado la parte de la Hostia que á él le faltaba, y añadió: «De su mano la he recibido, porque mi Señor y dulcísimo Esposo, visto mi gran deseo de comulgar, me consoló, trayéndome por sus propias manos la Hostia y con Ella me comulgó (1).»

Semejante prodigio se repitió varias veces.

(1) S. Antonino de Florencia.